

Hoy he confesado. ¡¡¡Cuán grande es la misericordia de Dios!!!

De rodillas me siento abrazado con su ternura y amor, lloro de alegría y gozo al saberme perdonado. Como el amigo que te consuela, como la madre que te abraza en el dolor... ¡así es el Amor de Dios!

Es sorprendente la Misericordia del Padre que nos perdona sin medida a pesar de nuestro pecado, nuestro posterior arrepentimiento y la caída reiterada en las mismas faltas. Y en ese Amor tan grande nos donó a su propio hijo para la redención de nuestros pecados muriendo ignominiosamente en la Cruz.

Me pregunto a veces si tengo derecho al perdón y a la misericordia de Dios lleno como estoy de numerosas faltas y, entre ellas, la más grave de todas: la soberbia. Sin embargo, aquí está la grandeza de la confesión, el encuentro con Cristo mismo que por amor nos perdona.

Arrodillarse en un confesionario y verbalizar ante un sacerdote todas nuestras faltas y miserias, sin esconder nada, reconociéndole al Señor que soy un miserable pecador. En la confesión debe primar siempre la sencillez de la verdad. No hay que avergonzarse de nuestros pecados ante la presencia de Dios, porque la vergüenza ante quien te ha creado y te perdona es una gracia infinita. La culpa del pecado desaparece cuando se reconocen de verdad las faltas cometidas. Es la manera más eficaz de obtener paz interior. Por eso la confesión frecuente nos invita a examinar profundamente nuestra conciencia, reconocer nuestras debilidades y a conocernos mejor.

Toda persona necesita saber que Dios acepta nuestro arrepentimiento desde un corazón abierto. Y esto es lo que sucede cuando el sacerdote nos da la absolución. Yo en ese momento siento una enorme paz interior, una alegría desmedida, un consuelo sanador, una profunda serenidad espiritual. Siento que mi amistad con Dios sale fortalecida, que mi gracia santificante está recargada, que mi fe queda más sujeta a mi alma; siento un compromiso más firme con

ese Padre misericordioso que me invita a no volver a caer y me da la fuerza para vivir de manera cristiana.

La confesión es el sacramento del amor. Es la acción gratuita de la misericordia de Dios. Es como entrar con un vestido viejo y salir con un traje nuevo.

¡Señor, mi corazón está repleto de agradecimiento por la gran cantidad de dones y bendiciones que recibo de Ti! ¡Te alabo, te bendigo y te doy gracias! ¡Tú, Señor, me has sacado de la nada y me has convertido por tu gran misericordia en tu elegido! ¡Me haces enormemente feliz con tu amor y con tu compañía! ¡Padre, Tu me conoces perfectamente y me amas! ¡Me has creado con un único corazón para que te lo entregue a Ti y para Ti! ¡Perdona, entonces, por tantas faltas que cometo contra Ti! ¡Me presento ante Ti, Señor, haz de mi según tu voluntad! ¡Gracias, Señor, por tu gran misericordia! ¡Con la ayuda de tu gracia y con la fuerza del Espíritu Santo, me propongo amarte cada día más y tratar de no ofenderte jamás! ¡Ayúdame a serte siempre fiel! ¡Ayúdame, Señor, a buscar y hacer lo que más te agrada! ¡María, Madre de la Misericordia, Señora de la Perseverancia, intercede para conservarme en la gracia y mantenerme siempre fiel a Dios! Amén